

señor. Cuando me inscribí en el libro de los hospedados, al hojear el mes de Julio, encontré también el queridísimo nombre de Adalberto de Chamisso, biógrafo del inmortal Schlemihl (1), y el huésped me dijo que este señor había llegado con un tiempo horriblemente malo, y que se había ido haciendo otro nada mejor.

Á la mañana siguiente quise aligerar de nuevo mi maleta, arrojé por la ventana un par de botas que en ella llevaba, y caballero sobre mis pies me dirigí á Goslar, donde llegué no sé cómo. Sólo me acuerdo de que distraídamente subí montañas, las bajé, y me abismé en la contemplación de lindos valles cubiertos de césped. Murmuraban las aguas cristalinas, gorjeaban dulcemente las aves en el bosque, sonaban las campanillas de los rebaños, los árboles de diferentes tonos verdes se doraban á los espléndidos rayos del sol, y arriba, la cubierta de gasa azul del cielo estaba tan transparente, que podían verse hasta las profundidades del *Sancta-sanctorum*, donde los ángeles se sientan á las plantas del Señor, y estudian en los rasgos de su semblante los fundamentos del Universo (2).

Sin duda vivía yo aún bajo la influencia del sueño de la noche anterior, que no podía arrojar de mi espíritu. Era el antiguo cuento, en que un caballero desciende al lejano fondo de un pozo, donde yace encantada y sumergida en profundo sueño la más hermosa de las princesas.

(1) Pedro, en la ídem id.

(2) *La base fundamental*, dice la versión francesa.

Yo mismo era el caballero, y el pozo la obscura mina de Klausthal; de repente aparecen muchas luces, de todas las cavidades laterales se precipitan los enanitos, sus guardianes, haciendo coléricos gestos; esgrimen contra mí sus espaditas cortas; soplan en sus cuernos, á cuyo sonido más y más acuden presurosos, y agitan horriblemente sus anchas cabezas. Cuando les herí y corrió la sangre, reparé al punto en que eran las cabezas de los cardos de flores rojas y largas barbas, que el día anterior había derribado con el bastón, yendo por la carretera. Al punto los ahuyenté á todos y llegué á un salón magnífico y esplendente; en medio de él estaba la amada de mi corazón envuelta en blanco velo, y rígida, inmóvil, como una estatua; la bese en la boca, y ¡juro por Dios vivo! que sentí el hálito embriagador de su alma y el dulce movimiento de sus amantes labios. Quedé, como si escuchara á la voz divina exclamar: «¡Hágase la luz!» deslumbrado al herirme un rayo de la luz eterna; pero en el mismo instante volvió á hacerse de noche, y todo precipitose rodando á la vez en salvaje y revuelto mar. ¡Salvaje y revuelto, sí!; sobre las aguas espumantes vagaban angustiados los fantasmas de los muertos; sus blancos sudarios flotaban al viento, y tras ellos, hostigándolos, corría, restallando su látigo, un arlequin de casaca multicolor: este arlequin era yo mismo. Mas, de pronto, de las oscuras olas sacan los monstruos del mar sus deformes cabezas, alargan hacia mí sus distendidas garras, y el terror me despertó.

¡Cómo se estropean á veces los más hermosos cuen-

tos! Lo que realmente debe hacer el caballero, una vez que ha encontrado á la dormida princesa, es cortar un trozo de su magnífico velo; y cuando, gracias á su bravura, roto el sueño mágico, vuelve ella á su palacio, á sentarse de nuevo en su dorada silla, debe el caballero presentarse y decirle: «Hermosísima princesa, ¿me conoces?»—Y contestar ella:—«Valerosísimo caballero, no te conozco.» Entonces muestra éste el trozo que falta á su velo, al cual queda instantánea y perfectamente unido; ambos se abrazan tiernamente, suenan las trompetas y se celebra la boda.

Es realmente una desgracia característica el que mis sueños amorosos tengan rara vez tan bello desenlace.

\*  
\*  
\*

Suena tan agradablemente el nombre de Goslar, y se ligan á él tantos antiguos recuerdos imperiales, que esperaré encontrar una ciudad imponente y magnífica. Pero, ¡lo que sucede cuando se miran de cerca las celebridades! Encontré un nido con calles, en su mayor parte, estrechas, tortuosas y laberínticas, por entre las cuales se desliza un poco de agua, probablemente el Gose, calles miserables y cubiertas de fango, con un empedrado tan escabroso como los exámetros de Berlín. Sólo las antigüedades de su recinto, restos de muralla, de torres y de almenas, dan algún atractivo á la ciudad. Una de estas

torres, llamada el *Zwinger* (1), tiene tan gruesos muros que se han abierto en ellos aposentos enteros. La plaza que se extiende ante la ciudad, y en la que tiene lugar el tan celebrado juego del arcabuz (2), es una bella y amplia pradera rodeada de altas montañas. El mercado es pequeño, y en su centro se halla una fuente cuya agua se vierte en una gran cuba metálica que, en casos de incendio, la golpean á veces, y produce un sonido que se escucha á gran distancia. Pero nada se sabe acerca del origen de esta cuba: algunos dicen que el diablo la colocó, tiempo ha, una noche, en medio del mercado. En aquel tiempo eran aún las gentes bastante necias, y el diablo también, para hacerse mutuos obsequios.

La Casa consistorial de Goslar es un cuerpo de guardia embadurnado de blanco. La inmediata casa de los Gildos (3) tiene ya mejor aspecto. Casi á igual distancia del suelo y de la techumbre hállanse las estatuas de los emperadores alemanes, como ennegrecidos por el humo, y dorados en parte, con el cetro en una mano, y en otra el globo terrestre; parecen bedeles universi-

(1) Nombre que no significa más que *torre fortificada* que corona el muro de una ciudad, ó que sirve de *prisión*.

(2) Ejercicio público de tiro con este arma, en que se adjudicaba premio al mejor tirador.

(3) Pronúnciese como si estuviera escrito *Guildos*. Los Gildos (*Gilden*) constituyen una corporación, especie de cooperativa, que provee á cualquier dispendio por medio de una cotización en dinero, *Geld*, de donde parece derivarse el nombre de *Gilden*. Es en especial una asociación mercantil.

tarios asados. Uno de estos emperadores tiene espada en lugar de cetro. No puedo adivinar qué quiere decir esta diferencia, que seguramente tiene su explicación, pues los alemanes tienen la costumbre, digna de ser notada, de proponerse algo en todo cuanto hacen.

En el *Manual* de Gottschalk había yo leído muchas cosas acerca del primitivo domo (1) y de la célebre silla imperial de Goslar; pero cuando quise ver uno y otra, me dijeron que el domo había sido derribado y la silla imperial llevada á Berlín. Vivimos en un tiempo cruelmente significativo: se derriban los templos de hace mil años, y se arrojan las sillas imperiales á la guardilla trastera.

Algunas cosas notables del difunto domo se ostentan ahora en la iglesia de San Esteban: vidrieras pintadas, que son admirables; algunos malos cuadros, entre ellos uno que debe ser de Lucas Cranach; además un Cristo crucificado, tallado en madera, y un ara de sacrificios, pagana, de un metal desconocido, que tiene la forma de una caja rectangular, sostenida por cuatro acurrucadas cariátides, que apoyan sus manos sobre la cabeza, haciendo un gesto horriblemente desagradable (2). Pero más desagradable es el gran crucifijo de madera, ya mencionado, que está contiguo. Aquella cabeza de Cristo con cabellos naturales y espinas, con el rostro

(1) Catedral.

(2) Desde aquí al fin del párrafo, y todo el siguiente, faltan en la versión francesa.

manchado de sangre, representa de un modo acabadísimo la muerte de un hombre, pero no la de un divino Salvador. En aquel rostro sólo está esculpido el dolor material, no la poesía del dolor, y semejante imagen corresponde, más bien que á una casa de Dios, á una cátedra de anatomía.

La señora Küsterin, muy versada en cosas de arte, que me servía de *cicerone*, mostróme también, como singular rareza, un voluminoso trozo de madera poliédrico y pintado de negro, cubierto de números en blanco, que, á manera de lámpara, pendía en el centro de la iglesia. ¡Oh! ¡qué brillantemente se ostenta en él el espíritu inventivo de la iglesia protestante! Los números inscriptos en el trozo de madera son los de los psalmos que habitualmente se escriben con tiza en una tabla negra, lo cual acaso no influye en el despertar del sentimiento estético; pero ahora dicha invención no sólo sirve para adornar el templo, sino para suplir suficientemente á los cuadros de Rafael que suelen cubrir sus muros. Semejante progreso me produjo inacabable regocijo, porque á mí, que soy protestante, y acaso luterano, me entristece siempre profundamente el que nuestros contrarios los católicos puedan burlarse del aspecto vacío y como abandonado de Dios de las iglesias reformadas.

Me hospedé en una posada próxima al mercado, donde mejor me hubiera sabido la comida, á no haberse sentado junto á mí el posadero, con su largo y superfluo rostro y sus interminables preguntas; pero felizmente me vi pronto libre de él, á causa de la llegada de otro viajero,

que hubo de sufrir igual interrogatorio, y hasta en el mismo orden: ¿Quién? ¿Qué? ¿Dónde? ¿Con qué medios? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? (1). El forastero era un hombre viejo, cansado y gastado, que, según se deducía de sus palabras, había recorrido el mundo, había vivido largo tiempo en Batavia, donde ganó mucho dinero y donde todo lo había vuelto á perder, y ahora, después de treinta años de ausencia, regresaba á Quedlinburgo, su ciudad natal,—«porque—añadía—allí tiene nuestra familia su sepultura hereditaria.»

El huésped hizo la sabia observación, de que al alma le es indiferente dónde el cuerpo sea enterrado.—«¿Lo da usted por cierto?»—replicó el forastero; y al mismo tiempo arqueáronse ligera y tristemente sus apenados labios y sus empañados ojillos.—«Pero—añadió, dulcificando angustiosamente su rostro—no quisiera haber dicho nada malo, con esto, respecto de las sepulturas extranjeras..... Los turcos entierran sus muertos más artísticamente que nosotros; sus cementerios son ordinariamente jardines; siéntanse allí sobre las losas sepulcrales, blancas, coronadas por un turbante, y sombreadas por un ciprés, acarician gravemente su barba y fuman tranquilamente su tabaco turco en sus largas pipas turcas..... Y, entre los chinos, es un regocijo como otro cualquiera el ver cómo danzan ceremoniosamente

(1) Perdonen los latinistas que haya romanceado los términos del interrogatorio, *quis? quid? ubi? quibus auxiliis? cur? quomodo? quando?* en obsequio de los que no lo sean.

alrededor de las tumbas de sus muertos, y oran, y toman té, y tocan el violín, y saben adornar lindísimamente las sepulturas que les son caras, con toda clase de trabajos de laca y dorados, figurillas de porcelana, trozos de vistosas telas de seda, flores artificiales y farolillos de colores..... Todo muy bonito..... «¿Cuánto me falta para llegar á Quedlinburgo?»

\*  
\* \* \*

No me agradó mucho el cementerio de Goslar; me agradó mucho más una rizada cabecita, que al llegar yo á la ciudad miraba sonriendo desde la ventana de un piso bajo algo elevado. Después de comer busqué nuevamente la querida ventana, pero sólo encontré en ella un vaso de agua en que había unas blancas campanillas. Trepé, tomé las florecillas del vaso y las puse tranquilamente en mi gorra, sin cuidarme lo más mínimo de las abiertas bocas, petrificadas narices y espantados ojos con que presenciaban las gentes que pasaban por la calle, en especial las viejas, aquel robo calificado.

Cuando una hora más tarde volví á pasar por delante de la misma casa, estaba la joven á la ventana, y cuando se aseguró de que llevaba sus campanillas en mi gorra, se ruborizó y se retiró vivamente; pero esta vez había yo visto con más detención su lindo rostro; dulce y transparente encarnación del soplo de la brisa en una tarde de estío, del resplandor de la luna, del canto del ruiseñor y del perfume de la rosa.

Más tarde, cuando acabó de obscurecer, bajó á la puerta. Llegué, me acerqué, ella retrocedía lentamente en el obscuro portal de la casa, le así de la mano y dije:—Soy amante de las lindas flores y los besos, y cuando no se me dan voluntariamente, los robo; le dí un rápido beso, y, como quisiera huir, murmuré, para tranquilizarla: ¡Mañana parto, para nunca más volver! Entonces sentí, en la sombra, la presión de sus deliciosos labios, de sus manos breves..... y me escapé de su lado riendo. Sí, tengo que reirme, cuando pienso en que pronuncié inconscientemente la mágica fórmula, mediante la cual nuestros trajes encarnados y azules vencen con más frecuencia que nuestra barbuda amabilidad el corazón de las mujeres: «¡Mañana parto, para nunca más volver!»

\*  
\* \*

Mi habitación tenía magníficas vistas al Rammelsberg (1). Era una hermosa tarde. La noche galopaba sobre su negro corcel, cuyas largas crines flotaban al viento. Hallábame á la ventana y contemplaba la luna. ¿Habrá realmente en la luna un hombre? Dicen los esclavos que se llama Clotar, y que hace crecer la luna derramando agua. Cuando yo era pequeño, había oído que la luna era un fruto que, cuando llegaba á madurar, le arrancaba el buen Dios y le colocaba junto á las demás lunas llenas, en un gran armario que se encuentra al

(1) *Montaña del pisón*, llamada así tal vez por su forma.

fin del mundo, donde éste se limita por una valla de tablas. Pero cuando fui mayor observé que no está el mundo encerrado en tan estrechos límites, y que el espíritu humano ha franqueado el armario de madera, y ha abierto todos los siete cielos con una gigantesca llave de San Pedro, con la idea de la inmortalidad (1).

¡Inmortalidad! ¡idea hermosa! ¿Quién te pensó primero? Fué sin duda un bien alimentado burgués de Nürenberg, que, cubierta la cabeza con su blanco gorro de dormir, y con su pipa de arcilla blanca en la boca, sentado, en perezosa tarde del estío, á la puerta de su casa, pensaba muy á sus anchas que sería linda cosa poder continuar vegetando, en dulce eternidad, sin perder su pipa ni su leve soplo de existencia. O bien fué un joven enamorado el que en brazos de su amada tuvo el pensamiento de la inmortalidad, y lo pensó porque lo sentía; porque, ¿podía acaso pensar y sentir de otro modo?

¡Amor! ¡inmortalidad! Tal fuego se encendió repentinamente en mi pecho, que creí que los geógrafos habían cambiado de sitio el Ecuador, y que pasaba precisamente por mi corazón en aquel momento. Desbordáronse de él los sentimientos amorosos, y derramáronse con ansia en el vasto seno de la noche. Las flores del jardín, situado bajo mi ventana, exhalaban penetrante aroma. Los aromas son los sentimientos de las flores, y así como el corazón humano por la noche, cuando se

(1) En la versión francesa, con una ingeniosa llave que llaman la idea de la inmortalidad.

crece solo y no espiado, siente con mayor intensidad, parece también que las flores esperan pudorosas á que la obscuridad las envuelva para abandonarse completamente á sus sentimientos y exhalarlos en suaves aromas.

¡Derramaos, aromas de mi corazón é id á buscar tras aquellas montañas á la amada de mis sueños! Ahora yace en su lecho y duerme; á sus pies está un ángel de rodillas, y cada una de las sonrisas que dibuja su rostro en sueños es una plegaria que repiten los ángeles; en su seno está el cielo con todas sus bienaventuranzas, y cuando ella respira, aun de lejos, se estremece mi corazón. Tras de las sedosas pestañas que velan sus ojos se ha puesto el sol; cuando los abra será de día, cantarán las aves, sonarán las campanillas de los rebaños, brillarán las montañas con su ropaje de esmeralda, y yo dispondré mi maleta y partiré.

En estas consideraciones filosóficas y sentimientos íntimos, vino á sorprenderme la visita del consejero áulico B. (1), que acababa de llegar también á Goslar.

En ninguna ocasión pudiera haberme impresionado más profundamente la benévola disposición de ánimo de este hombre. Yo le veneraba por su distinguida y provechosa sagacidad, pero más todavía por su modestia. Le encontré sereno, fresco y activo en alto grado. Que conserva la última cualidad lo probó hace poco en su nueva obra *La religión de la razón* (2), libro que tanto

(1) Buterweck (Federico).

(2) *Die Religion der Vernunft*.

entusiasma á los racionalistas, encoleriza á los místicos y conmueve al público en general. Yo mismo soy acaso en este momento un místico, pues que, según precepto de mi médico, debo evitar todo lo que á pensar me incite, aunque no desconozco el valor inapreciable de los esfuerzos de un Paulus, de un Gurlitt, de un Krug, de un Eichhorn, de un Buterweck, de un Wegscheider, etc.

Casualmente me es en alto grado provechoso á mi mismo el que esos señores continúen limpiándonos de tantos males inveterados, especialmente limpiando los viejos escombros de la Iglesia, de debajo de los cuales salen muchas serpientes y gases deletéreos. Se puso tan espesa y tan ardiente la atmósfera en Alemania, que con frecuencia temí asfixiarme en ella, ó ser estrangulado en un acceso de ardiente amor por mis amados comísticos. Por eso no me incomodaré, ni mucho menos, con los buenos racionalistas, si consiguen poco ó mucho refrescarla. En último resultado, la Naturaleza misma asigna su límite al racionalismo: el hombre no puede vivir ni bajo la máquina neumática, ni en el polo Norte (1).

\*  
\* \*  
\*

La noche que pasé en Goslar me ocurrió una cosa muy extraña, que aun no puedo recordar sin terror. No

(1) Faltan este párrafo y el anterior en la versión francesa.

soy medroso por naturaleza (1), y sabe Dios que jamás experimenté angustia semejante, cuando, por ejemplo, una afilada cuchilla trató de entablar conocimiento con mi nariz, ó cuando me perdí de noche en un bosque vedado, ó cuando en un concierto bostezó un teniente, amenazando devorarme; pero temo á los espíritus casi tanto como el *Observador austriaco*. Mas, ¿qué es el miedo? ¿Proviene de la inteligencia ó de la sensibilidad? Sobre este asunto he disputado frecuentemente con el doctor Saul Ascher, cuando estando en Berlín nos encontrábamos por acaso en el *Café Royal*, donde fui á comer durante largo tiempo, y afirmaba siempre, que tememos algo, porque las conclusiones de la razón nos lo dan á conocer como tenible; que solamente la razón es una fuerza, no siéndolo la sensibilidad. Y en tanto que yo comía bien y bebía mejor, él me iba demostrando las excelencias racionales, y al final de su demostración era imprescindible que, después de mirar su reloj, le cerrara con esta frase: «¡La razón es el más alto de los principios!»

¡La razón! Cuando escucho esta palabra pareceme ver al doctor Saul Ascher con sus piernas abstraídas, su estrecho traje de un gris trascendental y su escabroso semblante de hielo que hubiera servido de lámina para un tratado de geometría; pues este hombre, que tendría sus cincuenta años bien cumplidos, era una línea recta.

(1) En la versión francesa falta desde *por naturaleza* hasta *pero tomo*.

personificada. En su inclinación á lo positivo, el pobre hombre había filosofado sobre todo lo más magnífico de la vida, sobre todo rayo de sol, sobre toda fe, sobre toda flor, y no le quedaba más que la fría y positiva tumba. Acerca del Apolo de Belvedere y del cristianismo tenía una malicia especial. Contra este último hasta había escrito un folleto en que probaba que era irracional é insostenible. Sobre todo, había dado á luz una multitud de libros, en los cuales siempre la razón rompe lanzas en pro de su propia excelencia, y en los que el pobre doctor piensa bastante en serio, y es, por tanto, digno de todo respeto en este punto. Pero en esto mismo estriba lo que en él hay de esencialmente cómico, el gesto ridículamente serio que adopta, cuando no puede comprender lo que comprende un niño, precisamente por el hecho de serlo.

Alguna vez visité en su propia casa al doctor de la razón y encontré en ella muchachas bonitas, porque la razón no prohíbe la sensualidad. Por fin, cierto día que estuve á verle, me dijo su criado:—«El Sr. Doctor acaba de morir»;—lo que no me causó más sentimiento del que me causara si me hubiera dicho:—«El Sr. Doctor se ha mudado».

Pero volvamos á Goslar. «¡El más alto de los principios es la razón!» me decía á mi propio para tranquilizarme, al tiempo que me metía en la cama. No obstante, de nada me sirvió. Acababa de leer en los *Cuentos alemanes* de Varnhagen de Ense, que había traído conmigo desde Klausthal, aquella terrible historia del hijo que

quiere asesinar á su propio padre, y á quien el espíritu de su madre difunta viene á disuadir por la noche. La admirable composición de esta historia produjo en mí, á su lectura, un íntimo pavor que me hizo estremecer. Verdad es que los cuentos de aparecidos producen más temerosos sentimientos cuando se leen yendo de viaje, y mucho más de noche, en una ciudad, en una casa y en una habitación en que nunca ha estado uno. ¿Cuántos horrores habrán ocurrido en este sitio en que ahora te encuentras?—piensa uno involuntariamente. Además de esto, penetraba entonces en el cuarto la luz de la luna, pero tan dudosa...; movíanse en las paredes todo género de sombras importunas, y al incorporarme en el lecho y mirar en torno mío, vi....

No hay nada más extraño que el efecto que produce el ver uno casualmente su propio rostro en un espejo, á la luz de la luna.

En el mismo momento sonó un reloj de torre, lento, como bostezando, á tan largos intervalos, que cuando dió la última campanada creía yo seguramente que, desde que empezó á sonar, habían transcurrido doce horas completas, y que debían empezar de nuevo á sonar todas. Entre la anteúltima y última campanadas se oyó la de otro reloj, que marcaba con rapidez casi regañona, acaso incomodada por la lentitud de su comadre. Cuando ambas lenguas metálicas hubieron callado, y un silencio de muerte reinó en toda la casa, me pareció de pronto oír que en el corredor, frente á mi cuarto, algo se bamboleaba y vacilaba, como el inseguro paso de un anciano.

Por fin, se abrió mi puerta, y lentamente penetró el difunto doctor Saul Ascher (1). Un frío febril invadió hasta la médula de mis huesos, temblé como la hoja del álamo, y apenas me atrevía á mirar al fantasma.

Estaba como antes; el mismo traje gris trascendental, las mismas piernas abstractas, el mismo rostro matemático; sólo estaba algo más amarillento, la boca que antes formaba dos ángulos de  $22 \frac{1}{2}$  grados estaba contraída y la órbita de sus ojos tenía mayor radio. Vacilante, apoyándose como siempre en su bastón de caña, se me acercó y me dijo amistosamente en su dialecto escorbútico habitual:

—«No tema usted, no me crea un fantasma. Es una ilusión de su fantasía el creer ver en mí un aparecido. ¿Qué es un fantasma? ¡Deme usted su definición! ¡Dedúzcame usted las condiciones de posibilidad de un fantasma! ¿En qué relación lógica está semejante fenómeno con la razón? La razón, digo la razón.....»

Y entonces el fantasma se puso á hacer un análisis de la razón; citó la *Crítica de la razón pura* de Kant, parte 2.<sup>a</sup>, sección 1.<sup>a</sup>, lib. II, cap. III. *Distinción de los fenómenos y los nómenos*; reconstruyó entonces la problemática creencia en los fantasmas, amontonó silogismo sobre silogismo, y dedujo como lógica consecuencia que

(1) *Asche* significa *ceniza*, y quizá este apellido que Heine asigna al doctor en cuestión, tiene un fin satírico como hemos visto en otras anteriores denominaciones, dado el nihilismo representado en este personaje, á quien, según el autor, «sólo quedaba la fría y positiva tumba.»



no existe fantasma alguno. Entretanto, frío sudor me corría por la espalda, mis dientes, al entrechocarse repicaban como castañuelas; tal era mi angustia que hacía un signo de asentimiento incondicional á cada razonamiento con que el doctor-duende probaba la absurdidad de todos los fantasmas, declamando con tal vehemencia, que esta vez, distraído, en vez de su reloj de oro, sacó del bolsillo, donde le guardaba, un puñado de gusanos, y al notar su error, volvió á guardarlos con cómica y medrosa precipitación. «La razón—exclamó—es el más alto.....» En este momento sonó la una y el fantasma desapareció.

Á la mañana siguiente salí de Goslar, caminando á la ventura, si bien con intención de ir á ver al hermano del minero de Klausthal. Hacia un tiempo hermoso, de día de fiesta. Trepé á colinas y montañas; contemplé cómo procuraba el sol desvanecer la niebla; caminé alegre á través de imponentes bosques; y en torno de mi soñadora cabeza repicaban las campanillas de la joven de Goslar. Lucían las montañas su blanca bata de noche; los abetos sacudían de sus miembros el sueño; la fresca brisa de la mañana rizaba su verde y desprendida cabellera; las avecillas entonaban sus oraciones; la pradera del valle centelleaba como áureo tapiz sembrado de diamantes, y el pastor le hollaba con su sonoro rebaño. Bien podía haberme extraviado. Siempre marcha uno por atajos y veredas, creyendo que así va á llegar más pronto á su objeto, y en el Harz ocurre lo mismo que en la vida, si bien hay buenas almas que le vuelven á uno á traer al

buen camino, y lo hacen de buena gana, encontrando, sobre todo, singular placer en ello, á juzgar por el aire de superioridad y el tono brusco, pero benévolo, con que manifiestan qué gran rodeo hemos hecho, en qué abismos y lagunas podíamos habernos precipitado, y qué fortuna hemos tenido en encontrar tan á tiempo gentes tan conocedoras del camino como ellos.

No lejos de Hartzburgo tropecé con un guía de esta especie. Era un burgués bien nutrido de Goslar, de rostro brillante, carnosos y de expresión entre inteligente y estúpida: parecía el inventor de la epizootia. Caminamos juntos buen trecho, y me contó toda clase de historias de aparecidos, que hubieran sido bonitas, si todas ellas no viniesen á parar en que él no había visto ningún duende, sino que la blanca visión era un cazador furtivo, que las voces lastimeras procedían de un jabato recién nacido, y que el ruido que se oyera en el desván era causado por el gato de la casa. Sólo cuando el hombre está enfermo—añadía—cree ver fantasmas; pero refiriéndose á su humilde persona, rara vez lo había estado; sólo padecía á veces enfermedades cutáneas, y entonces se las curaba con saliva en ayunas. Me hizo reparar en la oportunidad y utilidad naturales: los árboles son verdes, porque este color es bueno para la vista. Le dí la razón, y añadí que Dios creó el ganado vacuno, porque la sopa de caldo de carne fortifica al hombre; creó al asno para que le sirviera de término de comparación, y creó al hombre mismo, para que comiera sopa de cocido y no fuera nunca un asno. Mi compañero estaba contentísimo,

porque había encontrado uno de su misma opinión; su cara estaba radiante de alegría, y cuando nos separamos se conmovió.

Mientras aquel hombre fué en mi compañía, la Naturaleza pareció perder todo su encanto; así que se marchó comenzaron los árboles á hablar de nuevo, á cantar los rayos del sol, á danzar las flores del prado, y el cielo azul abrazó á la verde tierra. Sí, lo sé muy bien: Dios creó al hombre para que admirara la magnificencia del Universo. Todo autor, por grande que sea, quiere que su obra sea alabada; y en la Biblia, es decir, en las Memorias de Dios, está expreso que creó al hombre para que le alabara y glorificara.

Tras largo vagar de un lado para otro, llegué á la morada de mi amigo de Klausthal, pernocté en ella, y lo pasé allí como se verá en la bella composición que sigue:

## I.

En la cumbre está la choza  
Que al viejo minero alberga,  
Do el verde abeto murmura,  
Y áurea la luna destella.

Hay dentro un sillón de brazos,  
Del cincel obra maestra;  
Quien le ocupa es un dichoso:

¡Yo soy quien en él se sienta!

Sobre un escabel la niña,  
Su brazo apoya en mis piernas;  
Su boca es rosa purpúrea,  
Sus ojitos dos estrellas.

Las azules estrellitas  
Celestiales me contemplan,  
Puesto en la purpúrea rosa  
El dedito de azucena.

No nos observa la madre  
Que hilando está con gran priesa;  
Toca el padre la guitarra,  
Canta vieja cantinela.

Quedito me habla la niña,  
Quedo, en voz que se oye apenas;  
¡Cuánto secreto importante  
Me confió ya su lengua!

—«Desde que murió la tía  
No pude hacer que volvieran  
A Goslar, do todo es bello,  
De arcabuces á la fiesta.

»Aquí, al revés, siempre solos,  
En fría montaña escueta,

Y en el invierno, entre nieve  
Que por poco nos entierra.

»Yo soy muchacha medrosa  
Que como un niño tiembla  
Ante los malos espíritus  
Que por la noche trastean.»

Calla la niña de pronto,  
De sus palabras se aterra,  
Y, con ambas manecitas,  
Hace á sus ojos cubierta.

Fuera murmura el abeto,  
El torno cruje y reniega,  
Suena á la vez la guitarra,  
La vieja canción con ella.

—«No temas, querida niña,  
De malos genios la guerra;  
Que día y noche te hacen,  
Los ángeles centinela.»

## II.

Con dedo verde el abeto  
Llama á la ventana cauto,  
La luna, amarillo espía,

Lanza su luz en el cuarto.

Padre y madre tenue roncan  
En aposento inmediato,  
En dulce charla, nosotros,  
Seguimos solos velando.

—«Creer que ya tanto rezas  
Me va costando trabajo,  
Que no procede del rezo  
Ese temblor de tus labios.

»Siempre terror me produce  
Tu frío gesto malvado,  
Pero al punto le disipa  
La luz de tus ojos claros.

»También dudo que tú creas  
En lo que de fe llamamos:  
¿Crees, por ventura, en Dios Padre,  
Hijo y Espíritu Santo?»

—¡Ay, niña, cuando pequeño,  
De mi madre en el regazo,  
Creía yo en un Dios Padre  
Que allá rige, grande y santo!

¡Que el bello mundo creara,  
Los hombres que le poblaron,

El que á sol, luna y estrellas  
Sus órbitas ha marcado!

Cuando fui mayor, querida,  
Mucho en alcances ganando,  
Comprendí, fui razonable,  
Fe tuve en el Hijo al cabo.

¡En el amoroso Hijo,  
Que el amor ha revelado,  
Y al que el pueblo, es su costumbre,  
Clavó en una cruz, en pago!

Ahora que soy un hombre,  
Que he leído y he viajado,  
De fe henchida el alma creo  
En el Espíritu Santo;

Pues realizó mil prodigios,  
Aun hoy mayores obrando;  
Abatió las fortalezas,  
Rompió el yugo del esclavo.

Que heridas mortales cura,  
Cual nueva ley promulgando:  
¡Iguales todos nacimos  
Y noble estirpe formamos!

Disipa malignas nieblas,

Negros fantasmas soñados  
Que dicha y amor perturban  
Día y noche amenazando.

Mil armados caballeros  
Nombró el Espíritu Santo,  
Para cumplir sus designios  
Valor en su alma inspirando.

¡Su rica espada flamea,  
Flota su estandarte sacro!  
¡No quisieras ver tú, niña,  
Caballeros tan gallardos?

Pues, mírame bien, hermosa,  
Bésame y ve mi entusiasmo:  
¡Yo mismo, yo, un caballero  
Soy del Espíritu Santo!

### III.

Detrás de los verdes tilos  
Se esconde, afuera, la luna,  
Y la lámpara en el cuarto  
Arde poco y casi alumbra.

Mas mis azules estrellas  
Brillan radiantes y lúcidas,

Arde la purpúrea rosa,  
Y dice la niña, escucha:

—«Un enjambre de enanitos  
El tocino, el pan nos hurta,  
Un día está en la alhacena  
Y al otro en vano se busca.

»Los enanitos golosos  
La nata de leche gustan,  
Dejan descubierto el plato,  
Y la gata el resto apura.

»Y es la gata una hechicera,  
Que de noche, en sombra oculta,  
De los fantasmas al monte,  
Va, á torre hundida y vetusta.

»Allí hubo un castillo, el gozo  
brilló en él, las armaduras;  
Bailó de antorchas la danza  
Noble dama y paje á una.

»Entonces castillo y gentes  
Maldijo perversa bruja,  
Y sólo ruinas quedaron  
Donde anidan las lechuzas.

»Mi tía me aseguraba

Que si en forma se conjura,  
Por la noche, á cierta hora  
Y un sitio, en esas alturas,

»Estas ruinas trocaránse  
De nuevo en la mansión fúlgida,  
Do á danzar vuelvan alegres  
Noble dama y paje á una;

»Tendrá el que diga el conjuro  
Castillo y gentes por suyas,  
Y trompetas y timbales  
Honrarán su nueva alcuernia.»

Así nacen las consejas  
De su boca roja y pura,  
Que el destello de sus ojos  
Con sidérea luz alumbran.

Con su áurea trenza la niña  
Mi mano enlazar procura,  
Da á mis dedos lindos nombres,  
Ríe, besa..... y queda muda.

Todo en el cuarto tranquilo,  
Familiar se me insinúa,  
Mesa, armario, me parece  
Les vi ya desde la cuna.

Serio el reloj va marcando  
 Tenue la guitarra zumba,  
 Y á sonar comienza sola;  
 Que sueño se me figura.

—La hora precisa es ésta,  
 Este es el lugar, sin duda:  
 No te cause, niña, asombro  
 Que halle la palabra justa.

Pronunciada es la palabra,  
 Y huye la sombra nocturna,  
 Resuenan aguas y abetos,  
 El monte al sopor renuncia.

Suenan guitarras, y enanos  
 Cantan en quiebras profundas;  
 Y una loca primavera  
 De flores todo lo inunda.

Flores mágicas y osadas,  
 De hojas de mítica anchura,  
 Vario aroma y tallo inquieto,  
 Do la pasión se columbra.

Rosas, cual llamas rojizas,  
 Destacan de la haz confusa;  
 Llega al cielo la azucena  
 Cual cristalina columna.

Estrellas grandes cual soles,  
 Con ansia al mirar fulguran:  
 Las azucenas gigantes  
 Con olas de luz inundan.

En nosotros mismos, niña,  
 Mayor cambio se denuncia:  
 De antorchas, seda, oro, el brillo  
 En torno nuestro deslumbra.

Tú te has cambiado en princesa,  
 La choza en morada augusta,  
 Donde jubilosos danzan  
 Noble dama y paje á una.

¡Y en cuanto á mí, que he ganado  
 Gente, alcázar, tu alma pura,  
 Las trompetas y tímboles  
 Celebran mi nueva alcuernia!

\*  
 \* \*

Remontábase el sol. Huían las nieblas como fantasmas al tercer canto del gallo. Volví á trepar montañas y á descender de ellas, y ante mí cerníase hermoso el sol, siempre iluminando nuevas bellezas. El espíritu de la montaña me favorecía visiblemente; sabía muy bien que un poeta puede referir muchas lindas cosas, y me dejó

ver su Hartz en esta mañana, seguramente como nadie le vió; pero también me vió á mí el Hartz como pocos me han visto. En mis párpados brillaban perlas tan preciosas como las del césped del valle; amoroso rocío matinal humedecía mis mejillas. Los susurrantes abetos me entendían, desviaban sus ramas, moviéndolas de arriba abajo, como el hombre mudo, que manifiesta su alegría por medio de sus manos, y á lo lejos se oían, rodeados de arrobador misterio, como los ecos de las campanas de la iglesia de una olvidada aldea. Dícese que son las campanillas de los rebaños que en el Hartz están acordadas de la manera más deliciosa, clara y pura.

Era mediodía, según la posición del sol, cuando encontré uno de estos rebaños, y el pastor, amable joven blondo, me dijo que la gran montaña, á cuyo pie me hallaba, era el viejo y celeberrimo Brocken. En muchas leguas á la redonda no había ninguna casa, y me agradó bastante el que el joven me invitase á comer en su compañía. Sentámonos ante un desayuno-comida que consistía en pan y queso; los corderillos recogían las migajas, las ternerillas saltaban en torno nuestro, sacudiendo traviesamente sus cencerrillos, y nos sonreían con sus grandes y placenteros ojos. Celebramos regio festín sobre todo mi huésped me pareció un rey, y puesto que hasta ahora es el único monarca que me ha dado de comer, quiero cantarle regamente:

Es un rey el pastorcillo,  
Su trono altura esmeralda,  
Y el sol sobre su cabeza,  
Corona de oro que aplana.

Mira á sus pies los carneros,  
Grey lisonjera y cruzada;  
Hidalgos en las terneras  
Que pavoneándose marchan.

Histriones son los cabritos,  
Y los pájaros y vacas,  
Con flautas y campanillas,  
Son sus músicos de cámara.

Hábiles cantan y tocan,  
Y tan suaves acompañan  
La cascada y los abetos,  
Que adormecen al monarca.

Entretanto, del gobierno,  
Como ministro, se encarga  
Perro que en torno despierta  
Los ecos, si airado ladra.

El joven rey dice en sueños:  
«¡Cuánto el gobierno me cansa!  
¡Ah! ¡quién me viera en mi choza  
Junto á mi reina adorada!

»¡En los brazos de mi reina  
 Mi real cabeza descansa;  
 Y en sus ojos amorosos  
 Mi reino sin fin se abarca!»

Nos despedimos amistosamente, y lleno de contento volví á trepar montañas. Pronto me recibió una selva de abetos que llegaban al mismo cielo, y que me inspiraban respeto en todos sentidos; porque á estos árboles no les ha sido muy fácil llegar á tal desarrollo, y su juventud ha debido ser muy trabajada. En este punto está sembrada la montaña de numerosos bloques de granito, y la mayor parte de los árboles tienen que rodear estas rocas con sus raíces ó dilatar éstas y buscar penosamente suelo de donde extraer su alimento. Acá y allá están las piedras unas sobre otras, formando á manera de pórticos, en cuya parte superior se elevan árboles cuyas desnudas raíces, descendiendo de aquella elevación hasta su pie, y llegando apenas á tocar el suelo, parecen crecer al aire libre. Mas aunque lanzados á tan inmensa altura, y aumentándola, gracias á las piedras á que asen sus raíces, se mantienen más firmes que sus cómodos colegas implantados en el dócil suelo del llano. Así se yerguen en la vida los grandes hombres que se han fortalecido y afirmado, salvando desde luego todo género de obstáculos y trabas.

Encaramábanse las ardillas sobre las ramas de los

árboles y bajo ellos se paseaban los rubios ciervos. Cuando veo á tan dulce y noble animal no puedo comprender cómo gentes civilizadas puedan hallar placer en hostigarle y darle muerte. Uno de estos animales fué más caritativo que los hombres, y amamantó al lánguido y doliente fruto de Santa Genoveva.

Penetran alegremente los dorados rayos del sol por entre el verde sombrío de los abetos. Las raíces de los árboles forman una especie de escalera natural. Por doquiera vense mullidos bancos, pues las piedras están cubiertas por una capa, de un pie de espesor, de las más hermosas clases de musgo, formando como almohadones de terciopelo verde claro. Siéntese dulce frescura y soñador murmurio de fuentes. Acá y allá se ve correr por debajo de las piedras el agua, en plateados hilos que van á bañar las desnudas raíces y fibrillas de los árboles. Y cuando, sintiéndose atraído, se inclina uno sobre ellas, parece sorprenderse la misteriosa historia de la formación vegetal y el tranquilo latir del corazón de la montaña.

En ciertos sitios brota el agua de las piedras y de las raíces con más fuerza, y forma pequeñas cascadas. Tales sitios invitan á sentarse. Se oyen allí murmullos y susurros misteriosos; las aves cantan con acento entrecortado por la pasión; los árboles charlan como las lenguas de mil doncellas, y nos miran como otros tantos bellos ojos (1), las extrañas flores silvestres, extendiendo hasta

(1) Falta este entrecorado en la versión francesa,



nosotros sus hojas anchísimas y malignamente estriadas; centellean acá y allá juguetones los alegres rayos del sol; las delicadas hierbecillas se cuentan verdes consejas; todo está como encantado, va haciéndose cada vez más misterioso, cobra vida un olvidado sueño, aparece la amada..... ¡Ah! ¿por qué tan rápidamente vuelve á desvanecerse?

Cuanto más se asciende por la montaña tanto más bajos y raquíuticos van haciéndose los abetos; parecen irse encogiendo cada vez más, hasta que sólo se encuentran zarzales, frambüesos y brezos. La temperatura se hace sensiblemente más fría. Aquí son ya por completo visibles los extraños grupos de bloques graníticos, que con frecuencia afectan asombrosas dimensiones. Quizá sean éstas las pelotillas que los malos espíritus se arrojan mutuamente en noche de aquelarre, cuando vienen á este punto las brujas cabalgando en mangos de escoba y horquillas, y comienzan los extravagantes é infames regocijos que refiere la crédula nodriza, y pueden verse en los lindos dibujos de Fausto, del maestro Retsch.

Sí, un joven poeta que, haciendo un viaje de Berlín á Göttinga, pasó por el Brocken en la primera noche de Mayo, hasta observó que algunas damas literatas tomaban en comandita su estético té sobre un picacho de la montaña y leían tranquilamente la *Gaceta de la tarde* (1); sus poéticos cabritillos saltaban balando en torno de la mesa cuando ensalzaban el genio universal y, pronun-

(1) *Abendzeitung*.

ciaban inapelable juicio acerca de todas las publicaciones de la literatura alemana; mas cuando juzgaron el *Ratcliff* y el *Almanzor* (1), y desahucieron á su autor con toda piedad y caridad cristiana, se le erizaron los cabellos al joven, le sobrecogió el espanto....., espoleé al caballo y pasé al galope (2).

En efecto, cuando se llega á la mitad superior del Brocken, no puede uno menos de pensar en las encantadoras historias del Blocksberg (3), y especialmente en la gran tragedia mística y nacional alemana del doctor Fausto. Parecíame siempre que un pie de caballo trepaba también al lado mío, y que alguien jadeaba irónicamente. Creía yo que al mismo Mefistófeles (4) había de costarle trabajo respirar, al subir á su montaña favorita; porque es un camino aniquilador, y alegróseme el alma cuando llegué á divisar la tan deseada hostería del Brocken.

Esta casa, conocida por muchos dibujos, consta solamente de planta baja, y está erigida en la cumbre del monte. Fué construída en 1800 por el conde Stolberg Wermigerode, por cuya cuenta corre aún la administración de la hostería. Los muros son de un grueso extraordinario, para contrarrestar el viento y el frío; la techumbre es baja y en su centro hay un mirador en forma de torre. Todavía existen junto á la casa otros dos edi-

(1) Tragedias de Heine.

(2) Falta en la versión francesa todo este párrafo.

(3) *Montaña de los bloques*.

(4) La edición alemana sólo dice *Mephisto*.

ficios pequeños, uno de los cuales servía en tiempos de posada á los que visitaban el Brocken.



Al entrar en la casa del Brocken experimenté una impresión extraordinaria y fantástica, pues tras larga, solitaria y tortuosa ascensión por entre abetos y rocas, se cree uno transportado de repente á una mansión formada de nubes. Ciudades, montañas y bosques quedan abajo, y se encuentra arriba una extraña reunión de gentes desconocidas que, como es natural en semejante sitio, le reciben á uno casi como á esperado compañero, de un modo entre curioso é indiferente.

Encontré la casa llena de huéspedes, y á fuer de hombre precavido, pensé al punto en la noche, en la incomodidad de un lecho de paja; con voz moribunda pedí que me sirvieran té, y el huésped fué bastante cuerdo para comprender que un hombre enfermo como yo necesitaba un lecho regular para pasar la noche, y me lo proporcionó en un estrecho cuartucho donde se hallaba instalado ya un joven comerciante, especie de larga dosis de emético envuelto en obscuro gabán.

En la sala de la hostería todo era vida y movimiento. Había estudiantes de varias universidades. Unos acababan de llegar y restauraban sus fuerzas, otros se disponían á partir, cerraban sus sacos de viaje, inscribían sus nombres en el libro del establecimiento, recibían ramilletes del Brocken de manos de las muchachas de la casa;

allí se pellizcaban las mejillas, cantaban, saltaban, gritaban, saludaban y se respondían: ¡Que le haga buen tiempo! ¡Buen viaje! ¡Buen provecho! ¡Adiós! Algunos de los que se iban estaban algo iluminados, y éstos disfrutaban doblemente, á vista del hermoso paisaje, pues en semejante estado todo se ve doble.

Después de haber descansado convenientemente, subí al mirador, donde encontré á un señor bajito con dos damas; una joven y otra de más edad. La joven era hermosísima; tenía un rostro soberano, y sobre sus rizosos cabellos un sombrero de raso negro en forma de casco, con cuyas blancas plumas jugaba el viento; sus delicados miembros estaban tan ceñidos por su abrigo de seda negra, que ponía más de relieve sus nobles formas, y sus ojos rasgados y puros se abismaban tranquilos en el vasto y despejado horizonte.

Cuando yo era muchacho no pensaba más que en historias de encantos y maravillas; toda dama bella que llevaba en la cabeza plumas de avestruz era considerada por mí como una reina de los silfos, y si notaba que la cola de su vestido estaba mojada la tenía por una ondina. Ahora pienso de otro modo desde que sé por la historia natural que aquellas plumas simbólicas proceden de la más estúpida de las aves, y que la cola de un vestido de señora puede humedecerse de la manera más natural.

Si hubiese mirado con mis ojos de niño á la hermosa joven citada y en la situación dicha, sobre el Brocken, seguramente hubiera pensado: Esta es el hada de la mon-